LA POLÍTICA VENEZOLANA DESDE 1958 HASTA NUESTROS DÍAS

Diego Bautista Urbaneja

TEMAS DE FORMACIÓN SOCIOPOLÍTICA

7

2012

Temas de Formación Sociopolítica

NÚMERO 7

AÑO 2012

Diego Bautista Urbaneja

La política venezolana desde 1958 hasta nuestros días

Introducción	5
Capítulo I. El régimen puntofijista	9
El Pacto de Punto Fijo	10
Los actores, los objetivos, las reglas	11
Un régimen donde –casi– todos ganan	16
Capítulo II. El gobierno de Rómulo Betancourt y la lucha por la estabilización	18
Todos los golpes	19
La subversión y el consenso	20
El petróleo: no más concesiones y la creación de la OPEP	22
La Constitución de 1961	24
La UCV como campo de lucha	27
La realización del programa democrático	27
La madeja y la mística democrática	30
Limando aristas	31
La doctrina Betancourt	32
La ruptura del pacto y "la guanábana"	32
El otro modelo	33
Capítulo III. El gobierno de Raúl Leoni y la democracia estabilizada	36
La Ancha Base	38
El Pacto Andino	40
Machurucuto	41
En busca de más renta	42
Vida política: Alirio, Checoslovaquia	43
El nacimiento del MEP	44
Capítulo IV. El gobierno de Caldera, la consolidación definitiva, y la pacificación	46
El significado especial de las elecciones de 1968	47
Gobierno monopartidista	48
La intervención de la UCV	48
Modulando el puntofijsimo	49
La Pacificación	50

CentroGumilla

Fundación
Centro Gumilla
Esq. Luneta
Edif. Centro Valores PB
Caracas - Venezuela
Telf: (0212) 564.98.03
Fax: (0212) 564.75.57

UCAB

Publicaciones UCAB
Edificio de Biblioteca,
3er. piso,
Montalban - La Vega
Apartado 20.332
Caracas 1020
Venezuela
Telf: (0212) 407.42.08
Fax: (0212) 471.33.07

El MAS 50
Hacia el control del petróleo 51
Pacto Andino y Tratado Comercial 52
La enmienda número uno 53

Capítulo V. El primer gobierno de Carlos Andrés Pérez, la bonanza petrolera y el desbarajuste de los parámetros 54
La bonanza petrolera 56
La bonanza y el régimen puntofijista 57
La estatización de la industria petrolera 58
La izquierda marginalizada 60
La corrupción entra en escena 61
El primer gobierno de CAP como punto de inflexión 62
El programa de becas Gran Mariscal de Ayacucho 63

Capítulo VI. El gobierno de Luis Herrera Campins y la gran campanada 64
Las maquinarias 65
La rutinización 66
Las reservas de PDVSA 67
El Viernes Negro 68
Las elecciones municipales 69
Vida política 70
Puntualización sobre consenso y conflicto 71

Capítulo VII. El gobierno de Jaime Lusinchi y el gobernar como si nada 73
La COPRE 73
El régimen imperturbable 74
La secretaria 77
Novedades en los partidos 77
La fragata Caldas 78
El Poder Judicial 78
Puntualización 80

Capítulo VIII: el segundo gobierno de Carlos Andrés y el gran viraje 82
CAP y el cambio de rumbo 83
El "Caracazo" 84
Los "tecnócratas" 85
El shock 86
La elección directa de gobernadores 88

© Fundación Centro Gumilla
Universidad Católica Andrés Bello

Producción
Publicaciones UCAB
Diseño y Composición
Publicaciones UCAB
Corrección de Pruebas
Eduardo E. Soto Parra, s.j.
1ra. Reimpresión

Diagramación
Mery León
Impresión
Impresos Miniprés, C. A.
Diseño de Portada
Alexandra Loginow

Primera edición
ISBN: 980-250-013-5

Reservados todos los derechos.
No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información, ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado –electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.–, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Introducción

En las páginas que siguen, se abordará el estudio de la política venezolana en las cinco décadas que van desde 1958 hasta nuestros días. Es pertinente señalar el lindero que, desde el punto de vista del pensamiento político, separa esas décadas de las cinco o seis que las precedieron. Ello es que queda definitivamente atrás la problemática sobre la capacidad del pueblo para la vida democrática, aquella famosa pregunta que tanto trabajo dio en los años marcados por la impronta positivista, y que desde 1908 apenas tienen como excepción los tres años que van de 1945 al 48, y, si se quiere, la inquietud de Medina Angarita y algunos medinistas sobre la elección presidencial directa y secreta.

En el periodo que estudiaremos la política se construirá sobre la afirmación de base de que, desde luego, el pueblo sí está preparado para protagonizar la democracia. El punto está en dejarlo tomar forma, ofrecerle canales para que lo haga, y de resto dejar que despliegue sus potencialidades políticas.

En el periodo que estudiaremos la política se construirá sobre la afirmación de base de que, desde luego, el pueblo sí está preparado para protagonizar la democracia.

Dos grandes etapas podremos distinguir a ese respecto. La que llamaremos puntofijista, donde el canal principal y en realidad único con que el pueblo cuenta para configurarse como actor político son los partidos políticos. Es encuadrado en ellos que el pueblo toma forma y es capaz de actuación concreta como pueblo. Como veremos, uno de los hilos rojos que marcan los primeros cuarenta años del periodo de nuestro estudio, es el proceso por el cual ese hecho de la centralidad democrática de los partidos, vigorosisimo al principio, va perdiendo fuerza hasta diluirse en la crisis final de esa etapa. La etapa que le sucede es aquella en la cual el pueblo, o parte de él toma forma a través de un líder, que se propone, y es aceptado por una parte sustancial y hasta ahora oficialmente mayoritaria de la población, como expresión y portavoz de su identidad y sus necesidades.

Dos grandes etapas podremos distinguir a ese respecto. La que llamaremos puntofijista, donde el canal principal y en realidad único con que el pueblo cuenta para configurarse como actor político son los partidos políticos.

La etapa que le sucede es aquella en la cual el pueblo toma forma a través de un líder como expresión y portavoz de su identidad y sus necesidades.

La primera etapa tiene su punto de arrancada en 1958, con la firma del Pacto de Punto Fijo, y de ahí el nombre con el cual lo bautizamos. Es a partir de allí que se establecen unos objetivos y unas reglas de decisión a través de los cuales

Material protegido por derechos de autor

aquellos habrían de cumplirse y que dan lugar a todo un estilo de hacer política. El capítulo primero se dedica a definir esos objetivos y esas reglas. El resto de los capítulos, hasta llegar al correspondiente al gobierno de Jaime Lusinchi, van analizando cómo esos objetivos se fueron realizando, cómo esas reglas se fueron aplicando, por en medio de los hechos más resaltantes de cada gobierno que se va sucediendo. También se revela a través de ese análisis y de esa narración, cómo el conjunto va evolucionando, se va rutinizando, cómo se va preparando su declive. Hasta llegar a los segundos gobiernos de Carlos Andrés Pérez y de Rafael Caldera.

Abordamos estos dos gobiernos como dos gobiernos de transición. Dos gobiernos que intentan responder al agotamiento del régimen político que había tenido sus inicios en 1958. Lo hacen de dos maneras distintas. El de Pérez, tratando de encaminar al país por un rumbo que ese gobierno consideraba adecuado, intento de viraje verdaderamente ambicioso, que por las razones que veremos no pudo llegar a buen puerto. El de Caldera, tratando de enfrentar las consecuencias de ese fracaso, que había colocado a la democracia en una situación precaria, y fijándose como meta mínima la reestabilización de esa democracia que muchos, entre ellos Caldera, pensaban que estaba a punto de naufragar, y dejando para luego y para otros la tarea de encaminar al país por el nuevo rumbo que exigía el agotamiento de lo anterior. Apreciamos que Caldera cumplió su objetivo a su vez de una manera digamos mínima, en cuanto que efectivamente logró que la democracia sobreviviera sus cinco años de gobierno, pero sin crear las condiciones para la aparición de un nuevo gran consenso sobre lo que el país debía ser en los años que venían.

Los capítulos corresponden a los periodos de gobierno, que eran de cinco años, de acuerdo a la Constitución de 1961, vigente hasta 1999.

Los capítulos corresponden a los periodos de gobierno, que eran de cinco años, de acuerdo a la Constitución de 1961, vigente hasta 1999. Es cierto que muchos desarrollos clave no coinciden en el tiempo con esos cinco años, sino que cabalgan sobre varios de esos periodos, empiezan en uno y terminan en otro, atraviesan muchas veces varios de gobiernos, de modo que tomar a los periodos de gobierno como referencia es un expediente útil para la exposición y la organización del libro, atentos a la reserva implícita en lo que acabamos de decir. Para

Material protegido por derechos de autor

ese objetivo expositivo, resulta un instrumento claro y cómodo. Por lo demás, y más sustantivamente, cada periodo de gobierno en verdad introduce una modulación distintiva en la manera de gobernar el país, de canalizar el acontecer político, de adelantar los objetivos y de aplicar las reglas. El que en un momento dado sea fulano y no sutano el presidente de la República es un hecho que condensa y expresa muchos de los eventos y tendencias acumuladas hasta entonces. Con cada periodo de gobierno que comienza y termina, comienza y termina algo, aunque muchas veces no sea fácil decir qué es.

Por otra parte, cuando lo juzguemos pertinente, haremos altos y pausas, para lanzar una mirada retrospectiva a algún desarrollo que hasta entonces no había merecido una atención específica, pero que ya ha adquirido la suficiente importancia para que nos refiramos a él, y echemos una mirada a su trayectoria.

En las elecciones de 1998, Hugo Chávez es elegido presidente de la República. Se inaugura así una nueva etapa de la política venezolana, que pretende romper con la anterior e intenta instaurar un nuevo régimen político, intento que aún está en proceso. La base de ese intento está en la identificación que se ha producido entre un líder político y una parte importante de la población, que ha encontrado en él una nueva fuente de identidad y de reconocimiento. Mientras que el otro factor dinámico de estos años es la oposición activa de una parte también importante de la sociedad a lo que ve como el proyecto político de Hugo Chávez. Es por ello que aún no es posible predecir el desenlace de lo que está ocurriendo en el país. Pero esto es lo que será desarrollado en el largo capítulo en el que trataremos de desentrañar los rasgos de ese régimen político que Hugo Chávez ha estado intentando implantar.

En las elecciones de 1998, se inaugura así una nueva etapa de la política venezolana, que pretende romper con la anterior e intenta instaurar un nuevo régimen político.

Hay otra consideración que ha lugar en estas páginas iniciales, para poner en perspectiva latinoamericana lo que se dirá en el resto del trabajo. Hasta el gobierno de Jaime Lusinchi, e incluso en cierta forma en la década de los noventa, lo que veremos es la versión específicamente venezolana de unos desarrollos que tienen, sobre todo en lo económico, sus equivalentes en la mayoría de los países latinoamericanos. Desde

luego que la presencia del petróleo introduce una diferencia de importancia, por lo cual no es raro que muchas estadísticas de la región vayan acompañadas en los libros de un asterisco que señala "excluyendo a Venezuela". Pero, en general, casi todos los países latinoamericanos pasan por experiencias parecidas en el terreno económico, a través de políticas públicas no muy diferentes las unas de las otras. No es que esas experiencias estén alineadas temporalmente. Hay bastante desfase en eso. Pero, por ejemplo hasta 1970 casi todos los países latinoamericanos, con petróleo o sin él, crecieron económicamente y progresaron socialmente, así como casi todos adoptaron políticas de sustitución de importaciones, y en la década de los ochenta casi todos los países latinoamericanos vieron retroceder sus indicadores, heridos por la crisis de la deuda, y aplicaron políticas de repliegue para defenderse del acoso de aquella. En los noventa intentaron programas de ajuste y superación del estancamiento, y ahí las suertes variaron un poco más.

Casi todos los países latinoamericanos pasan por experiencias parecidas en el terreno económico, a través de políticas públicas no muy diferentes las unas de las otras.

Pero esas semejanzas, cualquiera que haya sido su nivel, tienen lugar a lo largo de historias particulares a cada país, de regímenes políticos diferentes, y es esa especificidad, en nuestro caso la venezolana, la que nos interesa conocer. Justamente, ese interés se acrecienta por el hecho de la particularidad petrolera venezolana. Cuál es ese camino propio que hace que un país con abundancia de divisas, es decir libre de la principal restricción que afectaba a casi todos los otros países latinoamericanos y que está exento de los principales problemas que de ello deriva, como por ejemplo la inflación, termina en una posición tan crítica, y tan similar a las de otros, en la década de los noventa?

¿Cuál es ese camino propio que hace que un país con abundancia de divisas termine en una posición tan crítica, y tan similar a las de otros, en la década de los noventa?

En todo caso, es a partir de 1998 que Venezuela empieza a vivir una experiencia que la diferencia más hondamente de los principales países de la región, quedando pendiente la cuestión de saber por cuánto tiempo, con cuánta consistencia, de qué forma en definitiva, y de si lo que ha ocurrido y lo que está por ocurrir habrá sido para bien o para mal.

material protegido por derechos de autor

Capítulo VI. El gobierno de Luis Herrera Campins y la gran campanada

Para las elecciones de 1978, los dos principales candidatos son Luis Herrera Campins, por COPEI, principal partido de oposición, y Luis Piñerúa Ordaz, del partido de gobierno Acción Democrática.

Ambas candidaturas son significativas, desde el punto de vista de la vida interna de esos dos partidos. Por una parte, Luis Herrera era la cabeza de la tendencia que en COPEI rivalizaba con la tendencia dirigida por el líder máximo del partido, Rafael Caldera. Una paciente labor interna, así como la circunstancia de que Caldera no podía ser candidato ni podía su tendencia presentar un nombre que pudiera competir con el prestigio y la trayectoria de Herrera Campins, despejaron a este dirigente el camino de la candidatura.

En cuanto a la candidatura de Piñerúa Ordaz, representaba el triunfo de la tendencia que en AD encabezaba Rómulo Betancourt, severamente crítica del gobierno de Pérez, en especial en lo referente a la corrupción, que fue por cierto tema central de la campaña de Piñerúa. Tanto en AD como en COPEI, la fractura interna entre las mencionadas tendencias –herrerismo y calderismo, betancourismo y perecismo– se intensificó, especialmente en el partido blanco.

Mientras tanto, el MAS insistió con la candidatura de José Vicente Rangel, luego de un traumático debate interno que preparó el futuro alejamiento de ese dirigente de la tolda naranja y profundizó también las divisiones internas de ese partido, que en este caso se bautizaron con apelativos zoológicos: perros, tucanes, halcones.

La lista de otros candidatos será muy larga: el MEP volvió a lanzar a Prieto Figueroa, el MIR lanzó a Américo Martín, un nuevo partido electoral llamado Causa Común lanzo a Diego Arria, llamativo gobernador de Caracas bajo el gobierno de Pérez.

Las elecciones las ganó el candidato de COPEI, Luis Herrera Campins, con 2. 469. 042 votos, para un 46,63%, por

sobre Piñerúa Ordaz, que obtuvo 2.295.052 votos, lo que equivalía a un 43,34% José Vicente Rangel, candidato del MAS, obtuvo 272.595 votos, para un 5,14% Mencionemos también que Luis Beltrán Prieto obtuvo 58.723 votos, un 1,10%.

Los resultados electorales confirmaron la tendencia al bipartidismo que ya se había manifestado en la anterior elección. Entre Herrera Campins y Piñerúa Ordaz obtuvieron el 89, 97% de los votos, mientras que AD y COPEI sumaron el 79, 42% de los votos para el Congreso. En el otro extremo, como candidatos, Rangel obtuvo el 5,14% y Prieto el 1,10% mientras que para el Congreso el MAS obtuvo el 6,08%, el MEP, el 2,20% y así una extensa lista de porcentajes aun menores. La abstención da un salto: pasa a 12,43% del electorado.

También se consolidó la tecnificación y la "marketización" de las campañas electorales, con el uso más intenso y más decisivo de muy costosos asesores y agencias extranjeras. El manejo de los slogans, los temas, las imágenes, pegados todos de un seguimiento diario de las encuestas, se impusieron como asuntos cruciales en el manejo de las campañas electorales.

Se consolidó la tecnificación y la "marketización" de las campañas electorales, con el uso más intenso y más decisivo de muy costosos asesores y agencias extranjeras.

Las maquinarias

En este mismo orden de ideas, es de destacar otra tendencia que se desarrolla en el seno de los partidos. Su conversión en aparatos burocráticos y la conversión, a su vez, de esos aparatos en maquinarias electorales. Los órganos de dirección central –el Comité Ejecutivo Nacional, CEN, en AD, el Comité Nacional en COPEI– concentran cada vez más poder y controlan la designación de los candidatos que el partido presentará en cada elección. Eso significa que para un dirigente regional es más importante estar bien con las autoridades de su partido –que son su verdadera *constituency*– que cualquier otra cosa, lo cual deteriora seriamente la calidad de la democracia representativa. Las técnicas de las luchas internas por los cargos burocráticos dentro del partido y por las postulaciones para los cargos electivos en las elecciones; las técnicas publicitarias para la promoción de las figuras en pugna; el desarrollo paralelo del clientelismo como recurso para la construcción de los apoyos necesarios para ambas cosas; el crecimiento de las nóminas

de militantes inscritos en los registros de los dos principales partidos, como importante recurso que usaban muchos venezolanos para acceder diversos tipos de ventajas...todo junto y en interacción deriva en la construcción de esas grandes maquinarias burocráticas, electoralistas y clientelares en que se convirtieron los dos partidos de mayor volumen. Adquirieron en todo ello, por cierto, un alto grado de perfección técnica, muy al día con todos los adelantos informáticos disponibles. Pero esto también significa que los partidos pierden contacto con la realidad viva del país, que los partidos y sus dirigentes se encierran en sí mismos y en su juego interno, que la aplicación de las reglas de decisión adquieren un carácter mecánico, todo lo cual disminuye la capacidad del régimen de acoger nuevos actores y demandas y de apreciar la emergencia de nuevas corrientes e inquietudes en el cuerpo social. Los códigos de lectura se simplifican, y los partidos y sus dirigentes son cada vez menos capaces de "leer" nada que no sea votos tangibles y de interesarse en otra cosa que no sean las técnicas para adelantar en la competencia intrapartidista y para asegurar y obtener votos el preciso día de las elecciones.

Los partidos pierden contacto con la realidad viva del país.

Los partidos y sus dirigentes se encierran en sí mismos, todo lo cual disminuye la capacidad del régimen de acoger nuevos actores y demandas y de apreciar la emergencia de nuevas corrientes e inquietudes en el cuerpo social.

La rutinización

Para este momento de la vida política, se ha venido produciendo, ya desde el gobierno anterior, una evolución en el funcionamiento del puntofijismo. Ello es que, digamos que desde las elecciones de 1973, la democracia venezolana había superado todas las pruebas que tenia que superar para tenerla como una democracia consolidada. De modo que el objetivo rector, que daba sentido a las reglas de decisión de la maximización y la minimización, ya podía darse por alcanzado. Pero eso no significó que las reglas de decisión perdieran vigencia o se procediera a su revisión, correlativamente a una reformulación del objetivo rector, la cual tampoco se produjo. Mientras tanto se había ido tejiendo una tupida red de intereses, dentro y fuera del Estado, acostumbrados a operar dentro del sistema de reglas y que habían construido su sistema de expectativas sobre la base de la operación de esas reglas. No podía desmontarse tal sistema por el hecho de que el objetivo a cuyo logro respondía se hubiera alcanzado. Si se hacía así como así, de

pronto se recreaba el problema que se tenía por superado, el de la estabilidad de la democracia.

A falta entonces de una revisión profunda del proyecto democrático, emprendida entre todos los actores significativos, lo que ocurre es que las reglas siguen funcionando de una manera rutinaria, ya sin el control del objetivo al cual apuntaban y sin el de ningún otro. Había que seguir satisfaciendo intereses a la manera puntofijista, porque ya eso era todo un estilo decisorio instalado, porque siempre se había hecho así.

Este gobierno hereda una pesada carga de compromisos. Los que derivan de la operación rutinizada de las reglas de decisión del puntofijismo, más los que derivan de los costosos programas puestos en acción por el primer gobierno de Carlos Andrés Pérez, lo cual, recordémoslo, se agregan a los intereses por satisfacer según las reglas puntofijistas. De manera que a las reivindicaciones gremiales, sindicales, corporativas, habituales, algunas de ellas provenientes de gremios gigantescos y con un tremendo poder de presión, como el ya mencionado sector magisterial, hay que agregar las que derivan, por poner un caso, del plan IV de Sidor, con sus correspondientes demandas financieras, sindicales, gerenciales, etcétera. No muestra este gobierno tener la capacidad de revertir coherentemente esta carga inercial.

Este gobierno hereda una pesada carga de compromisos. Los que derivan del puntofijismo, más los que derivan de los costosos programas puestos en acción por Carlos Andrés Pérez.

Las reservas de PDVSA

Tuvo el país una segunda bonanza petrolera, ocasionada por una nueva crisis en el Medio Oriente, la guerra entre Irán e Irak. Los precios subieron a niveles que llegaron a superar los treinta dólares por barril. Pero, teniendo como tuvo lugar en una economía atosigada por los compromisos adquiridos y los que se seguían adquiriendo, no sirvió esta nueva oleada de petrodólares para algún intento consistente de reorientación o relanzamiento. Por lo demás, ya habían pasado las angustias sobre el agotamiento del petróleo. Se había descubierto nuevas reservas de petróleo, y había hecho su voluminosa aparición la Faja Petrolífera del Orinoco, contentiva de enormes reservas de un bitumen difícil por los momentos de explotar, pero con las cuales se podía contar, gracias al adelanto tecnológico. De

modo que, y es lo que nos interesa constatar, había pasado la urgencia de dotar al país de una base económica nueva, diferente a la de la renta petrolera.

Para hacer frente a sus múltiples compromisos, los heredados y los que sus propias políticas generaban, el gobierno de Luis Herrera decidió "echar mano" de las reservas financieras que PDVSA guardaba a base de lo que le "sobraba" una vez que le pagaba al Fisco los impuestos que le debía. Esas reservas habían engordado mucho, hasta alrededor de cinco mil millones de dólares, a causa del alza de precios ocurrida en 1979 y 1980. En algunas interpretaciones de las relaciones entre el Estado y la industria venezolana, este hecho tuvo importantes consecuencias, pues produjo en la empresa petrolera estatal un reflejo defensivo frente al Estado central que la había "despojado" de sus reservas para gastarlas en quien sabe qué, debilitando a PDVSA financieramente y entorpeciendo así los planes de inversión que la tecnocracia petrolera acariciaba. Según la interpretación que comentamos, influyente en el futuro gobierno de Chávez, ya tendría cuidado esa tecnocracia, con mucho disimulo, de hacer las cosas de modo que eso no volviera a ocurrir, tratando en lo delante de pagar al Fisco lo menos posible e invertir cuanto pudiera en su propio fortalecimiento y crecimiento como empresa, para lo cual por cierto venía muy bien el ya comentado proceso de debilitamiento del ministerio y fortalecimiento correlativo de PDVSA.

Para hacer frente a sus múltiples compromisos el gobierno de Luis Herrera decidió "echar mano" de las reservas financieras que PDVSA guardaba a base de lo que le "sobraba" una vez que le pagaba al Fisco los impuestos que le debía, este hecho tuvo importantes consecuencias, pues produjo en la empresa petrolera estatal un reflejo defensivo frente al Estado central.

El Viernes Negro

Siguiendo al parecer idiosincráticas convicciones del enérgico y temperamental presidente Leopoldo Díaz Bruzual, que por entonces tenía el Banco Central de Venezuela, se adoptó una política monetaria y de tasas de interés que, junto con una percepción de que el futuro de la economía era muy incierto, produjo una monumental fuga de capitales, que se intensificó en el año de 1982. Llegó el momento en que el bolívar sobrevaluado que se cambiaba a una rata de 4,30 por dólar, era insostenible. El 18 de febrero de 1983, que pasará a la historia con el nombre del "viernes negro", el gobierno anunció al país el fin de la libre convertibilidad del bolívar, su devaluación en un 30% y el establecimiento de tasas de cambios múltiples.

El 18 de febrero de 1983, que pasará a la historia con el nombre del "viernes negro", el gobierno anunció al país el fin de la libre convertibilidad del bolívar.

Más allá de las explicaciones y los aspectos técnicos de esa decisión, es necesario subrayar su importancia política y simbólica. El bolívar de 4,30 era una de las principales formas a través de las cuales el Estado venezolano procedía a una repartición genérica e indiscriminada de renta petrolera al conjunto de la sociedad. Los impactos sectoriales de esa sobrevaluación eran desiguales. Por ejemplo dificultaba grandemente las posibilidades exportadoras de la industria nacional. Pero en un país con una abundante entrada de dólares, el efecto general era el de favorecer el nivel de vida de la mayoría. Con la decisión del viernes negro se ponía fin a ese importante mecanismo de creación de consenso y de apaciguamiento de conflictos sociales. El bolívar y su tasa de cambio estaría en lo adelante sujeto a constantes manipulaciones, con las cuales los sucesivos gobiernos trataban de obtener beneficios de diferentes plazos –largo, mediano, corto–, y la devaluación del bolívar sería desde entonces la tendencia dominante, irreversible más bien.

El viernes negro se considera la campanada general por el cual el país se enteró de que la manera en que había venido viviendo y funcionando no podía continuar y de que era necesario buscar otra.

Desde un punto de vista simbólico, el viernes negro se considera la campanada general por el cual el país se enteró de que la manera en que había venido viviendo y funcionando no podía continuar y de que era necesario buscar otra. La idea genérica de que, por un lado los venezolanos habíamos estado viviendo por encima de nuestras posibilidades y de que había llegado la hora de pagar las cuentas, que había llegado el fin del venezolano botarate a cuyas costillas tantos chistes habíamos hecho los mismos venezolanos. Complementariamente, la idea de que quienes habían conducido este país habían despilfarrado un ingreso gigantesco, y de que todos teníamos ahora que pagar por esa enorme incompetencia y la corrupción que la había acompañado. Por ahora, nada concreto se sacó de esos mensajes, ni en cuanto a la necesidad de cambio ni en cuanto a la necesidad de castigo.

Las elecciones municipales

Poco después del triunfo de Luis Herrera, en junio de 1979, tienen lugar las elecciones municipales para elegir concejales. Era la primera vez que el país concurría a unas elecciones municipales separadas. La ley había sido modificada en la idea de que era lo adecuado singularizar las elecciones de

las autoridades municipales, para que el elector escogiera sus autoridades más próximas con una voluntad específica, libre de la distorsión que al respecto podía introducir el hecho de votar al mismo tiempo por el Presidente. Es un paso pionero de los pasos hacia la descentralización política se dará, con mucho más vigor, unos diez años más tarde.

En esas elecciones municipales COPEI obtiene una importante mayoría sobre Acción Democrática, parcialmente desmovilizado por la derrota que acaba de sufrir en diciembre, y por la fractura interna entre las facciones del betancourismo y el perecismo. COPEI obtiene el 53,6 % de los votos, contra un 35,8 % de Acción Democrática. Casi 18 puntos de diferencia, siendo que Herrera había sacado sólo tres de ventaja a Luis Piñerúa. La abstención fue de un 30%, entonces considerada muy alta, y justificada por el menor atractivo de ese tipo de comicios.

Vida política

A lo largo del gobierno de Luis Herrera Campins, tienen lugar varios episodios que es necesario reseñar. Al menos dos de ellos han de ser ubicados en el contexto de la situación de debilidad y división en la que ha quedado Acción Democrática. El primero se refiere al juicio que se le intenta seguir a Carlos Andrés Pérez, por la compra con sobreprecio de un barco frigorífico llamado el "Sierra Nevada". En tal intento, que se desarrolla en los primeros meses de 1980, concurren el gobierno de Herrera y los grupos adversarios de Pérez dentro del partido Acción Democrática, grupos vinculados a Rómulo Betancourt y que controlan un llamado Tribunal de Ética que se había creado dentro de ese partido para enfrentar los actos de corrupción en los que pudieran caer sus militantes. La suerte de Pérez se juega en una votación en el Congreso, el de mayo de 1980, en la cual se decidía si aprobar o no un informe de una comisión parlamentaria que pedía responsabilizar política, moral y administrativamente a Pérez por la irregular adquisición. Pérez salió librado por un voto de las condenas en lo moral y administrativo, que eran, sobre todo la administrativa, las que podían tener consecuencias judiciales verdaderamente

A lo largo del gobierno de Luis Herrera Campins, tienen lugar varios episodios que es necesario reseñar: el primero se refiere al juicio que se le intenta seguir a Carlos Andrés Pérez, por la compra con sobreprecio de un barco frigorífico llamado el "Sierra Nevada".

La suerte de Pérez se juega en una votación en el Congreso en la cual se decidía si aprobar o no un informe que pedía responsabilizar política moral y administrativamente por la irregular adquisición.

graves, de modo que salió ileso de una grave amenaza para la continuidad de su vida política.

Una segunda secuencia, tiene que ver con la intensificación de las luchas sindicales en el país. Esto tiene una razón propiamente sindical, de defensa de los niveles salariales ante las perspectivas de una economía en crisis. Pero tiene un aspecto político. Después de las dos derrotas electorales sufridas por AD, su poderoso sector sindical aparecía como el principal baluarte partidista verdaderamente en pie. La CTV, controlada por el buró sindical de Acción Democrática y a caballo entre su rol sindical y su filiación política, se convirtió en el principal protagonista de la oposición social y política al gobierno de Luis Herrera.

Después de las dos derrotas electorales sufridas por AD, su poderoso sector sindical aparecía como el principal baluarte partidista verdaderamente en pie. La CTV se convirtió en el principal protagonista de la oposición social y política al gobierno de Luis Herrera.

Un tercer episodio se refiere al litigio que por la delimitación de las aguas marinas y submarinas del golfo de Venezuela, el país tenía en pie con Colombia desde el gobierno de Raúl Leoni. Fue el caso que las comisiones negociadoras de ambos países adelantaron en un proyecto de acuerdo, cuya principal versión se conoció con el nombre de "Hipótesis de Caraballeda", que se elaboraba de un modo que las FAN consideraron inconsulto y violatorio del implícito poder de veto que tenía en ese tipo de materias, y que produjo en su seno un importante malestar. Es el momento de mayor riesgo que la democracia venezolana había vivido desde 1959 de ser derribada por las Fuerzas Armadas. Olfateando el peligro, el gobierno dejó caer los proyectos de acuerdo, y por decirlo así, "no se habló más del asunto".

Puntualización sobre consenso y conflicto

Estas situaciones conflictivas son a propósito para, a medio camino de nuestro recorrido, hacer una puntualización sobre el tema del consenso y el conflicto. El hecho de que, en aras de la consolidación democrática, el régimen puntofijista se hubiese caracterizado por una obsesión por el consenso y una aversión al conflicto, no quiere decir que sólo hubiera de lo uno y no hubiera nada de lo otro.

Ya vimos en su momento el conflicto de alta intensidad vivido en la primera mitad de los sesenta, cuando se organizó el

movimiento guerrillero. Pero incluso por debajo de ese nivel de alta confrontación, en la democracia venezolana no escasearon las situaciones conflictivas. El gobierno de Betancourt tuvo una fuerte oposición parlamentaria, una vez que URD se fue del gobierno y que AD sufrió su segunda división. El gobierno de Leoni enfrentó la oposición copeyana, la del partido de Ramos Jiménez y al final la del MEP. Durante el gobierno de Caldera hubo roces importantes con la asociación empresarial, Fedecámaras. La oposición de COPEI al primer gobierno de Carlos Andrés Pérez, así como la del MAS y lo que quedaba del MEP, fue recia. La calle fue todo el tiempo escenario de protestas de todo tipo, que no pocas veces fueron reprimidas con violencia. El caso es que eso no estuvo de ningún modo ausente. Lo que es importante subrayar entonces es que estaba claro para la gran mayoría de los actores políticos que el nivel de conflicto no debía llegar a una altura que pusiera en riesgo la estabilidad del régimen puntofijista, y que había que estar muy atento a que el nivel de satisfacción de los intereses con poder desestabilizador estuviese en los grados suficientes para ello. Es en la aplicación de tal regla de decisión que los actores políticos y sociales llegaron a tener una gran maestría. Excesiva, puede decirse al ver hacia atrás desde el presente.

Los actores políticos y sociales se permitían entrar en niveles de conflictividad a los que no se hubieran atrevido en situaciones anteriores. Por ejemplo, el movimiento sindical desarrolló frente a Luis Herrera un grado de activismo y de protesta que no hubiera sido posible en la todavía novel democracia del primer gobierno de Caldera.

Dentro de ese cuadro de rutinización del que hablamos en su momento, a medida que la democracia se daba por consolidada, los actores políticos y sociales se permitían entrar en niveles de conflictividad a los que no se hubieran atrevido en situaciones anteriores. Por ejemplo, el movimiento sindical controlado por Acción Democrática desarrolló frente a Luis Herrera un grado de activismo y de protesta que no hubiera sido posible –y que no tuvo lugar– en la todavía novel democracia del primer gobierno de Caldera.